

Secretos

Lola, Lola, Lola... ¡Cuánto te echo de menos! Hace ya muchos años que nos fuimos ambos del pueblo. La vida en él se hacía triste, monótona, también para los jóvenes. Éramos unos cuantos en aquella época. Creo recordar que, de aquella quinta (por cierto, todos bautizados en la iglesia de La Asunción), solamente se quedaron “el Vena” y el “Tori”. También es cierto que eran los únicos que podían permitirse el lujo que quedarse, porque sus familias tenían tierras y viñedos, con los que mantenerse de forma digna.

Creo que siempre recordaré, hasta el día en que “la parca” me venga a buscar, aquel verano en que cumplíamos, tanto tu como yo, los dieciséis años. En la pandilla se celebraban todos los cumpleaños, sin dejar pasar uno, desde que nos conocimos, que es como decir desde que empezamos a andar. Es algo que añoro, cuando me acuerdo del pueblo: que todos nos conocíamos. Aquí, en la ciudad, apenas sé quienes son los vecinos de la puerta de enfrente. Creo que es una pareja joven. ¿O eran los anteriores inquilinos? ¡Bah! no importa.

Mi tío “Tonio” tenía una carpintería, en las afueras del pueblo, con la que se ganaba bastante bien la vida. Estaba casado con Carmen, una mujer de fuerte carácter y, sobre todo, guapísima. O al menos así me lo parecía a mí. Seguro que la recuerdas. No tuvieron nunca descendencia, por eso convinieron con mis padres que viviría con ellos, aprendería el oficio y le ayudaría, a la vez que suponía una boca menos que alimentar para mi familia (éramos seis, contando a la abuela Josefa).

Justo al día siguiente a mi doce cumpleaños, me vinieron a recoger en el carro. No sé cuánto equipaje esperaban que llevara. Aparte de lo puesto, que era la ropa “de diario”, tenía un repuesto “para los domingos” y algo de ropa interior. Un par de zapatos, los que llevaba y, eso sí, seis pares de calcetines de lana, que me había hecho mi otra abuela, Jacinta, que nos había dejado dos años antes. Mis padres nunca se lo perdonaron. Se fue con un antiguo novio a Valencia (o Palencia, no sé), de un día para otro. Nunca volvió. Aunque mandaba una postal, cada verano, que mis padres usaban para alimentar la cocina de leña. El fuego se volvía azul por unos instantes, rojo por otros, tonos verdes y amarillos luego...

Me temo que ya empiezo a dispersarme. Siempre me lo dicen: “Al tema, Berto, al tema”. Porque lo que quería contar, en realidad, es lo que pasó aquel verano en que cumplimos dieciséis años, tanto tú, Lola, como yo.

Nos llamó el cura, Don Benito, para hacer unos arreglos en la casa parroquial. Tenía unas cuantas maderas del techo que estaban apolilladas, y amenazaban con caer el día menos pensado. A mi tío no le hacía mucha gracia, porque decía que “si trabajas para el cura, cobrarás en bendiciones”.

Llegamos mi tío y yo muy temprano, porque Don Benito tenía que dar misa en el pueblo de al lado, y siempre paraba antes en alguna “capilla”. Se quedaron hablando en la cocina, negociando el precio, los materiales y esas cosas. Entré por un corto pasillo, algo oscuro, que daba hacia la parte de atrás.

Miré a través de una puerta, que estaba entreabierta, a mi izquierda. Por el enlosado, supuse que se trataba de un baño. ¡Un baño dentro de la casa! Había oído hablar de ellos, pero nunca había visto uno. ¡Cuando se lo cuente al “Cepos”!

Abrí un poco más la puerta. Entonces te vi. Estabas de espaldas, desnuda, blanca, hermosa. Te estabas enjuagando, y las burbujas de jabón bajaban por tu cuerpo, como baja el Duero buscando el mar. No sabría decir que es lo que tenía más abierto, si mi boca o mis ojos. Fueron apenas unos segundos, hasta que giraste la cabeza, me sonreíste, y te cubriste con aquella gran toalla. Sé que me sonrojé, porque las mejillas me ardían como si me hubiesen puesto una plancha caliente a cada lado. Salí rápido de la casa, tomé aire y me subí al carro.

Nunca hemos hablado de aquel día, hermosa Lola. No hacía falta. Era nuestro secreto. Y lo sigue siendo, porque, como siempre, desde hace bastantes años, solamente escribo para mí.